

# CONTRIBUCION DE SUIZA A LA LINGUISTICA

Por J. A. Doerig

Suiza, como país cuadrilingüe, siempre se manifestó apto para el aprendizaje de los idiomas, ya por motivos de carácter práctico, económico y hasta político; o bien por motivos meramente científicos y pedagógicos. En un país donde el conocimiento y el dominio del alemán y del francés, dos lenguas esenciales del conjunto europeo, constituyen una necesidad profesional hasta de cualquier comerciante de categoría; donde se conocen el italiano y el inglés cada vez con mayor frecuencia; y donde el español y aun el portugués ganan terreno cada día; en un país tal, repito, es perfectamente comprensible que los individuos dotados de disposición y pasión científicas no se contenten solamente con asimilar las lenguas para fines exclusivamente prácticos. Así, no debemos admirarnos de que siempre hubiera personas interesadas en estas cosas, sobre todo (y me limito a esta época) desde que la lingüística se impuso como auténtica ciencia, gracias a las intuiciones geniales de los alemanes Bopp y Grimm.

Al tratar de la lingüística tenemos que considerar las dos orientaciones que desde el comienzo de su desarrollo verdaderamente científico le fueron dadas. Por un lado, tenemos la de Bopp, esencialmente comparatista, que busca con acuidad científica lo que de común tienen las lenguas indo-europeas, para destilar, por decirlo así, la lengua-base desaparecida y la civilización de los que la hablaban. De otro lado tenemos la de Jacobo Grimm. Su Gramática Alemana llega a ser el libro mode-

lo de la filología moderna de orientación histórica, y en ella trata de indagar los destinos de las diferentes hablas nacionales, en sus ramificaciones dialectales, hasta que alcanzaron el grado de lenguas culturales, provistas de ricas literaturas, reflejos a su vez de ricas civilizaciones. Lo que hizo Grimm en relación con la lengua alemana lo hace F. R. Dietz en los años de 1836 a 1843, en el plano de las lenguas neo-latinas, echando así las bases de la filología románica al publicar su famosa Gramática de las Lenguas Romanes. De este movimiento surgió entonces una verdadera ciencia que establece principios y métodos que de generación en generación se han ido perfeccionando.

No faltaron suizos que prestaron su desvelada colaboración y, en muchos casos, hasta abrieron los fundamentos para algunas de las ramificaciones de la ciencia lingüística. Pero no vamos a consignar por orden cronológico las contribuciones que los suizos han dado a la lingüística, sino solamente a indicar los campos en que más se distinguieron.

El hecho de que enseñaran con frecuencia en Alemania y Francia, les hizo pasar muchas veces por alemanes y franceses. Está en este caso, por ejemplo, Cornu, el primero que elaboró una descripción verdaderamente científica de la lengua portuguesa en la obra fundamental alemana "Groebers Grundriss der romanischen Sprachen", obra que, dicho sea de paso, hasta el día de hoy no ha perdido nada de su valor. A Cornu deben, pues, varias generaciones de filólogos de lengua alemana, sus conocimientos científicos del portugués. (Por ejemplo los suizos Heinrich Morf, Ludwig Tobler, Meyer Lüpke, von Wartburg, Jud, Jaberg, Marti). Muchos otros pasan por lumbreras de la ciencia alemana, aunque de alemanes en el fondo no tienen más que los nombres y sus actividades en Alemania. Lo mismo acontece en Francia con algunos representantes de la Suiza francesa, tales como Ferdinand de Saussure, Balley, Séchehay, Gauchat y Gilliéron. Y, en lo que toca a Italia, con Salvioni. Con todo, es verdad que las universidades alemanas, austríacas y francesas, ofrecieron a algunos de ellos campo de actividad científica y los medios para llevar a cabo sus investigaciones lingüísticas, lo que no es poca cosa, y así lo reconocemos con toda objetividad y gratitud.

Lo que caracteriza a los lingüistas suizos es su método sen-

sato, discreto y avisado, de orientarse siempre por los hechos, antes de lanzar una teoría científica. Este rasgo es común a los científicos suizos de otras ramas. Hasta se puede decir que la lingüística suiza se distingue por cierta reserva ante el pensamiento puro y netamente especulativo. La propia filosofía suiza, en sus expresiones verbales, no hace excepción a la regla. Es que el suizo difícilmente se contenta con una teoría que no se apoye en una riqueza abundante de material de documentación. Sin embargo, sería un gran error suponer que el suizo carece de dones de síntesis y deducción. En fin de cuentas, corregir y clasificar hechos, aunque no sea más que un acto preparatorio, presupone la existencia de una idea o, por lo menos, de un criterio, según el cual se procede a la elaboración de esos trabajos. Toda actividad científica debe apoyarse en un conocimiento sólido de los pormenores. Ese sistema, sensatamente educativo, juntamente con la imaginación combinadora, y uno y otro derivados del sano realismo que caracteriza nuestra manera de ser en general, es lo que ha dado y siempre dará a la investigación suiza, en el campo lingüístico así como en los otros dominios de la ciencia, valor duradero y peso apreciable. Si a esto agregamos una disposición natural para estudiar las lenguas y para comprender otras culturas, rasgos que proceden de la situación geográfica y de la estructura nacional de Suiza, tendremos un territorio ideal, donde la investigación lingüística ha podido desenvolverse en condiciones muy propicias.

Muchas fueron, y todavía son, las cátedras regentadas por suizos en Francia, en Alemania y en Norte América. Los Morf, Schwyzer, Tobler, eran catedráticos en Berlín; Meyer Lüpke, en Viena y Bonn; Cornu y Marti, en Praga, Gilliéron y Saussure, en París.

El padre de la lingüística indo-europea en Suiza fue el ginebrino Ferdinand de Saussure, al publicar en Leipzig, en 1878, cuando era estudiante todavía, a los 21 años, su "Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes", obra básica para la reconstrucción del estado fonético de estas lenguas y, al mismo tiempo, una realización pura y simplemente grandiosa, en el campo de la lingüística indo-europea, según el criterio de los filósofos más caracterizados. De su acción pedagógica perduran, en la Escuela de Altos Estudios

de París y en Ginebra, profundos vestigios, y la resonancia de Saussure no ha cesado de hacerse sentir todavía.

Otro ginebrino, Adolfo Pictet, se dedicó al mismo ramo de la lingüística y concibió un método para deducir de la lengua de los indo-europeos la cultura que tenían. En efecto, en su obra en dos tomos "Les origines indo-européennes ou les tryas primitifs; essais de paléontologie linguistique", trata de inferir de voces que significan caballo, vaca, oso, nieve, miel, casa, Dios, el conocimiento del concepto que los determina, esto es, el grado de civilización material y espiritual de quien pronuncia estas palabras. Aunque muchos de los resultados a que llegó no resisten, hoy día, los métodos de la crítica moderna, y les limita, en parte, su valor, lo cierto es que no se puede negar a Pictet el mérito de haber fundado, en la lingüística, el ramo tan sugestivo y tan fecundo de la paleontología que tan provechosamente se utiliza en América para la investigación de las civilizaciones primitivas, contribuyendo así, en no poco grado, al conocimiento de ellas.

Las bases de la gramática histórica del sánscrito antiguo fueron establecidas por el profesor Wackernagel, catedrático en Göttingen (Alemania) y en Basilea, su ciudad natal. Wackernagel en su "Altindische Grammatik", en tres tomos elaborados con material cogido por él mismo, presenta esta lengua en todos sus aspectos: señalando sus problemas esenciales y las posibles soluciones de estos problemas. Se trata del resultado de una investigación verdaderamente depurada. Nadie que se dedique a estudios del sánscrito puede olvidar y dejar de consultar esta obra cumbre de un maestro en esta materia.

Lo mismo es lícito decir de la "Grieschische Grammatik" de Edouard Schwyzer, profesor catedrático de las universidades de Zurich, Bonn y Berlín. Están comprendidas también en este estudio fundamental de la lengua griega todas sus ramificaciones dialectales. Para dar una idea de lo extenso de esta obra baste señalar el hecho de que el primer tomo, de 850 páginas, sólo trata de la fonética y de la morfología. Por otra parte, esta obra sigue siendo una fuente imprescindible e inagotable de información para cuantos intenten hacer investigaciones sobre la evolución del griego y su influencia en las lenguas posteriores.

Cabe mencionar todavía a Kági, autor de una gramática escolar de la lengua griega, en la cual millares de estudiantes de liceos y universidades alemanes, austríacos y suizos, aprendieron el dulce idioma de Homero. No carece de significación el hecho de que en Alemania, donde el griego se estudiaba con mucho más ahinco que en Suiza, fuesen precisamente suizos, como los dos mencionados, quienes lo enseñaron a los alemanes. El valor práctico y científico de esta obra se revela por la circunstancia de que fue traducida a varios idiomas.

La escuela de los modernos grecólogos suizos, que se ocupa preferentemente en los aspectos filosófico y artístico de la civilización helénica, tiene como representante característico a Olof Gigon, joven catedrático de la Universidad de Berna. Sus estudios sobre Platón y Sócrates pueden calificarse de obras cumbres en esta orientación filológica.

En el campo de los latinistas suizos sobresale la figura brillante de Roberto de Planta, quien suministró a los estudiosos de la lengua latina la merecidamente célebre "Grammatik der Oskisch-umbrischen Dialekte", estudio modelo de la dialectología latina, mediante el cual se ha hecho posible aclarar gran cantidad de problemas con respecto a las lenguas clásicas y modernas. A pesar de haber vivido poco tiempo, Roberto de Planta pudo preparar el Diccionario de la lengua reto-románica y el "Reto-romanisches Namenbuch" (Libro de patronímicos reto-románicos). Estas obras son fundamentales para el conocimiento de esta lengua, que no es italiano, ni francés, sino una rama independiente neo-latina. Pocos de los latinistas hispano-americanos sabrán que la obra lexicológica monumental de la lengua latina, el universalmente conocido "Thesaurus linguae latinae" fue concebido e iniciado por un suizo. Su autor, el profesor Edouard Wölfflin, era de Basilea. De otra parte, dicho profesor Wölfflin no debe confundirse con otro suizo del mismo apellido, es decir, con su hijo Heinrich Wölfflin, que no se distinguió en la lingüística sino en la crítica del arte, ya que le dio nuevas orientaciones fundamentales, con el empleo de nuevos principios para enjuiciar las obras artísticas y suministrando así instrumental conceptual a la moderna crítica del arte. Para nosotros, sin embargo, quien interesa en esta ocasión es el primero, el filólogo. Permítaseme indicar algunos datos sobre él. Fue profesor

de las universidades de Zurich y de Munich (Alemania). El método que estableció para la organización de su léxico se basa en una observación microscópica de la lengua latina, y al servir-se para ello de la obra de Tito-Livio, descubrió, comparando los primeros y los últimos libros de este historiador, sutiles diferencias estilísticas.

Una vez encontrado este método y percatándose de que estaba destinado a una utilización interesante, valiosa y gigantesca, para el esclarecimiento de inúmeros problemas de la lengua latina, reconoció igualmente que un solo hombre nunca sería capaz de llevarla totalmente a cabo. Concibió entonces y organizó el plan de hacer el inventario de la lengua latina, en sus aspectos lexicográfico y estilístico, y consiguió interesar en él a un gran ejército de latinistas europeos, quienes han colaborado y siguen colaborando en la confección de este Thesaurus, el de más grande alcance en los tiempos modernos. Lejos de estar terminada la colosal obra principiada en 1900, a lo sumo en vísperas de lograrlo, todo lleva a creer, no obstante, que, por la concepción de las directrices y los procedimientos de trabajo establecidos por Wölfflin, este gran monumento del espíritu occidental se acabará dentro de unos años. Aunque el centro de estudios se encuentre en Alemania, el Gobierno suizo contribuyó grandemente a la realización de esta obra, enviando becarios suizos a este centro para que colaborasen en la obra iniciada por su compatriota y, al mismo tiempo, para que completaran su formación científica. Dentro del campo de la lexicología merece mención, a título de curiosidad, el diccionario inglés "Rogers thesaurus of the English language", concebido desde el punto de vista ideológico, concepto muy moderno que sugirió la gran obra lexicológica española de Cassares. Lo sorprendente de esta obra está en que no fue realizada por un inglés sino por un suizo, y no por un filólogo sino por un médico.

Desgraciadamente no fue posible llevar a término feliz el diccionario lituano-alemán, iniciado por tres filólogos suizos. Las razones son obvias, y están, infelizmente, en el campo de la política.

La celtología está notablemente representada en mi país por el celtólogo Turneisen, de Basilea, que fue catedrático en Freiburg, en Alemania. Su manual de irlandés antiguo vale mucho más

de lo que la modestia del título sugiere. Se puede afirmar, sin exageración, que es una exposición magistral de la gramática extraordinariamente compleja de la lengua celta. De hecho llegó a ser un instrumento de estudio indispensable para todos los celtólogos.

El fundador de la lingüística románica, Dietz, ya citado al principio de mi charla, tuvo como continuador de sus trabajos al suizo Meyer Lüpke, de Zurich, que ejerció la actividad de profesor universitario en Viena y Bonn. Su gramática de las lenguas romances en tres tomos, traducidas a varios idiomas y concebida en moldes comparatistas, no falta, con seguridad, en la biblioteca de ningún investigador de lenguas romances; Meyer Lüpke, aunque hablase muy mal las lenguas románicas, teórica y científicamente las conocía muy bien. Poseía conocimientos lingüísticos portentosos, era trabajador incansable y, sobre todo, un gran sistematizador. Reunía así las condiciones para componer su igualmente muy conocido e indispensable diccionario etimológico de las lenguas romances, libro que sustituyó la obra de Dietz del mismo título. Bien que las investigaciones modernas hayan llegado, en ciertas cuestiones, a conclusiones distintas de las que él asentó, y aunque tenía de los idiomas un conocimiento más visual que auditivo, esto nada influye en el reconocimiento de su alta categoría como filólogo de merecida e indeleble fama.

Etimólogo de índole diferente, pero notable también, es el actual titular de la cátedra de Basilea, Walter von Wartburg, cuyo diccionario etimológico de la lengua francesa no se basa exclusivamente en la reducción de la palabra a sus **etimos**, sino que se funda además en la semántica y en la historia de la palabra, en el tiempo y en el espacio. En su libro "Evolution et structure de la langue française" está contenida una historia excelente de la civilización francesa, partiendo de su aspecto lingüístico. El hecho de que esta obra cumbre de von Wartburg haya sido reeditada últimamente, prueba, de manera palmaria, que tiene hasta para los propios franceses, siempre celosos del estudio de su idioma, alto valor científico y educacional.

Uno de los campos donde Suiza ocupa, tal vez más que en los demás, un lugar honroso, casi me atrevo a decir, un lugar eminente, es el campo de la investigación dialectal. En él, los filó-

logos suizos han realizado una obra de auténticos pioneros estableciendo para esta investigación las bases de un trabajo metódico y sistemático, y perfeccionando el carácter científico de los primeros estudios, que fueron, justo es decirlo, un poco sentimentales y románticos.

Es obvio que Suiza se presta particularmente bien para este género de estudios, dado que se trata de un país donde los dialectos se hablan corrientemente y en todas las capas sociales, sobre todo en la Suiza de habla alemana e italiana. Por eso entre nosotros —en la Suiza alemana especialmente— tal vez nunca hubo diferencias notables, ni la sombra siquiera de cisiones entre las clases de cultura diferente. Un campesino suizo, por modesta que sea su formación intelectual, no está jamás cohibido al entablar una conversación con el Presidente de la Confederación porque tiene la seguridad de que éste hablará dialecto también con él. Resulta muy poco natural y hasta mal visto que dos suizos alemánicos hablen el alto alemán entre sí, sin consideración al grado cultural y social de ellos. Además, se puede señalar una rica literatura épica, dramática y lírica escrita en dialecto alemánico, nacida en Suiza. Basta señalar un poeta como Meinrat Leinhard, cuyas poesías pueden, por su valor lírico, compararse a las mejores de Goethe, lo cual prueba así que el dialecto es capaz de crear literatura también. El cultivo del dialecto procede, en cierto sentido, del concepto del Estado tan diferente de otros países europeos. El respeto mutuo de las distintas culturas radicadas en Suiza, tanto por lo que toca a los conceptos puramente culturales como a otros, es la base sobre la cual se pudieron conservar los dialectos, sin descuidar por esto la lengua escrita que puede ostentar nombres de alta categoría en las distintas literaturas. Como ya dije en otra ocasión, no existe el concepto de la minoría lingüística, que tanto estorba las relaciones internas en muchos países europeos y que hasta es peligroso y destructor de la unidad nacional. Los modernos medios de comunicación han producido cierta nivelación en los dialectos, de modo que casi sólo a última hora se han comenzado a estudiar los dialectos científicamente. Tanto más agradecidos estamos, por eso, a los filólogos que, habiendo previsto este aspecto, empezaron trabajos para salvar el tesoro patrio de nuestros dialectos.



Volviendo sobre nuestro tema, hay que hablar ahora de la dialectología propiamente dicha, desarrollada al calor del entusiasmo romántico por la poesía y el lenguaje popular. El material de la dialectología está constituido por las hablas dialectales todavía en uso. El estudio de las lenguas románicas y germánica en este ramo de la lingüística, y su derivado, el de la geografía lingüística y dialectal, encontraron su campo principal en Suiza.

Ahora bien, el primer paso en esta dirección fue dado por el genial Bodmer, de Zurich, el mismo Bodmer de quien hablé en vez pasada, el que dio nuevos, decisivos rumbos a la literatura alemana, llamando la atención del público hacia Dante y Milton, y el que libertó la literatura alemana, contra los mismos alemanes, de su frío y seco racionalismo. Pues fue Bodmer también quien publicó en 1757 "Pruebas de un diccionario dialectal zuriqués", que es seguramente la primera monografía existente de un dialecto alemán.

Es, después, un sacerdote católico, Stadler, del Cantón de Lucerna, quien emprende la formidable tarea de realizar una síntesis de todos los dialectos alemánicos, en su ensayo de un **idioticon** suizo, y es, en esta forma, el precursor del "Schweizerische Idioticon" que acaba de terminarse, en trece abultados tomos. Lo que representa para el latín el "Thesaurus linguae latinae", es para los dialectos suizos alemánicos el "Schweizerische Idioticon", del cual se puede afirmar, sin exageración, que es el verdadero modelo de los diccionarios de este género, según el testimonio de dialectólogos no suizos. Un gran estado mayor de investigadores ha estado empeñado en continuar esta gran obra, principiada hace setenta años. El alma de esta empresa fue el ilustre Albert Bachman, de la Universidad de Zurich, quien orientó y dirigió la desvelada investigación de los dialectos suizos. De la escuela de Bachman proceden más de veinte tesis doctorales que tenían por objeto el estudio de la estructura lingüística de los dialectos. También entre los anglicistas y romanistas, latinistas y hasta grecólogos hubo desvelados colaboradores. Basta citar a Edouard Schwyzer, autor de la bien conocida Gramática Griega. Reflejo de lo que se hizo en la Nación Suiza no podía dejar de producirse en la Nación Francesa, aunque los "patois" no revisten la misma importancia que los dia-

lectos germánicos. Efectivamente, en la Suiza de habla francesa, los dialectos, muy temprano, cedieron el paso a la lengua escrita. En las ciudades se habla casi exclusivamente el francés corriente. Tanto más meritoria fue así la iniciativa del profesor de filología románica en la Universidad de Zurich, Louis Gauthat, que, auxiliado por sus colegas Jean Jacquet, de Neuchatel, Tapolet, de Basilea, Jaberg, de Berna, emprendió a último momento la preparación del "Glosser des patois de la Suisse Romande". Estos investigadores suizos-franceses pudieron aprovecharse del trabajo hecho por sus colegas suizos-alemanes, utilizando los principios de colección y clasificación, e introduciendo, como novedad, el principio de la tendencia de la escuela moderna que recomienda nunca aislar la palabra del objeto por ella designado.

Obras análogas nacieron en la Suiza italiana y reto-románica, orientadas principalmente por el recién fallecido maestro de la filología reto-románica suiza, Jakob Jud. Sin pecar de exageración, se puede decir que difícilmente se hallará un país donde los dialectos estén estudiados más profunda y sólidamente.

Grandes progresos dio, no sólo a la dialectología, sino a la filología en general, la geografía lingüística, ideada por Jules Gilliéron, de Neuchatel. Sus lecciones en la Escuela de Altos Estudios de París versaban especialmente sobre los dialectos galo-románicos. Este suizo, vigoroso y de gran tenacidad, abordó los problemas con nuevos métodos y a base de nuevos principios. Para evitar deficiencias, mandó explorar por un solo investigador, y a base de un sistema de encuesta, previamente fijada, 600 lugares de Francia y de Suiza. El material recogido fue después transcrito en cerca de 2.000 mapas que hoy constituyen el "Atlas linguistique de la France". Al aprovechar este material, Gilliéron estableció simultáneamente sus conceptos dinámicos de lucha por la existencia entre las palabras. De las investigaciones de Gilliéron resultó una visión nueva y sintética de la estructura lingüística de Francia, totalmente diferente de la que se tenía. Muchos problemas históricos, geográficos, locales y regionales, y hasta políticos, se aclararon con este nuevo concepto de la lingüística. Fue verdaderamente un rumbo nuevo que dio a la ciencia de las palabras.

Por los surcos abiertos por Gilliéron siguieron otros dos suizos, Jaberg, de la Universidad de Berna, y Jud, de la Universidad de Zurich, de quien me honro de ser discípulo. Jaberg y Jud se encargaron de la tarea trascendental de elaborar el mapa lingüístico y objetivo de Italia y de la Suiza meridional, lo que realizaron en doce años, entre 1928 y 1940. Establecieron 1.700 mapas. Lo nuevo de esta empresa estriba precisamente en que no sólo se toman en cuenta las palabras, sino también los objetos por ellas designados, los cuales, caso de necesidad, figuran en dibujos anexos o fotografías insertas en un tomo suplementario. La geografía léxica se amplía, de esta manera, con la geografía de las cosas. Ambas, juntamente, permiten reconstruir la historia de la civilización europea hasta sus capas preromanas y celtas y sobre bases en las cuales las conjeturas más o menos inciertas quedan reducidas al mínimo.

Esta vez, la investigación de los romanistas sirvió de incentivo y de modelo a los germanistas, quienes habían dado la pauta a los romanistas en la investigación dialectológica, incitándolos a preparar un atlas idéntico de las regiones de la Suiza alemana. Estos mapas, o mejor dicho, los principios con que se elaboraron, sirvieron de modelo a empresas parecidas en otros países de Europa y de ultramar.

Otro sector de la lingüística, es decir, la lingüística comparada, tuvo pionero en un médico municipal de Zurich, Konrad Gesler, que no debe ser confundido con el poeta de los Idilios Salomón. Ese Konrad Gesler publicó, a principios del siglo XVI, una obra en latín titulada "Methridates seu de differentiis linguatum", donde aparece el Padrenuestro en veintidós lenguas. Fue del estudio de las lenguas yuxtapuestas de donde nació, en el siglo pasado, la lingüística general o comparación de tipos lingüísticos, que todavía se encuentra en busca de métodos adecuados y formas de presentación. Es también un profesor de la Universidad de Basilea, Franz Misteli, el primero que llega a establecer ocho arquetipos lingüísticos. Pero son los discípulos del ya citado ginebrino Séchehayé los que provocaron la mayor irradiación que hubo en este terreno con la publicación de su "Cours de linguistique générale". Ellos fijaron los principios y los conceptos, hoy familiares a todo lingüista, del estudio diacrónico y sincrónico de las lenguas, de los cuales esclarecen y

completan la lingüística general. Cuantos estudian el francés, sea como lengua materna, sea como lengua extranjera, en cursos universitarios, han debido manejar la "linguistique générale et linguistique "française" de Charles Balley. Su estilística del francés ha servido de modelo a numerosas obras de este género en otros idiomas. Fue el método sincrónico de Balley el que libertó la lingüística del historicismo, cultivado sobre todo en Alemania, y fue él también quien, aplicando los principios de la psicología moderna al estudio del estilo, llega a desarrollar y a renovar, de manera extraordinaria, la enseñanza científica y práctica de las lenguas modernas. Sería ingratitud mía imperdonable pasar por alto la labor trascendental realizada en el campo de la lingüística ibero-románica por mi maestro el profesor Arnaldo Steiger, quien se dedica, sobre todo, a investigar las relaciones entre el árabe y el hebreo, de una parte, y el castellano, por otra.

Para terminar, sólo quisiera subrayar que Suiza, por su posición geográfica y por su destino histórico de mediadora, ha podido suministrar a la lingüística moderna una serie de representantes dignos de figurar a la vanguardia de los cultores de esta importante provincia del saber humano. No es por mera casualidad, y no es puro mérito nuestro que sea así. La estructura especial de nuestro país, nuestra participación directa en tres grandes culturas europeas, nos abren el camino para este campo del espíritu humano, y nos alegramos de que en Colombia haya hombres altamente calificados que se dedican desinteresadamente y con desvelo a este género de estudios, que no prometen grandes ganancias económicas pero que dan honda satisfacción espiritual a cuantos tienen el amor apasionado a la palabra.